

*Rosendo Fraga**

América Latina y el mundo en el Bicentenario

SUMARIO: I. Introducción. II. Del G-8 al G-20. III. Concepto de Obama sobre el uso del poder. IV. El rol de Brasil. V. Conclusiones.

I. Introducción

Los países hispanoamericanos conmemoran su Bicentenario en un mundo complejo, ambiguo y contradictorio.

Comprenderlo que ello implica en cuanto a amenazas y oportunidades, es un desafío crucial al iniciarse el tercer siglo de existencia independiente.

Si ser una región central del mundo, por su población, territorio y PBI, debe observar los procesos en desarrollo en tres ámbitos ajenos a ellos: la transformación del poder mundial, que tiene una manifestación importante en el gradual proceso de reemplazo del G20 por el G8, como ámbito para la toma de decisiones mundiales; el cambio que puede implicar la llegada de Obama al poder en los EEUU, país que seguirá siendo decisivo para la región, más allá de sus altibajos como primera potencia mundial y el rol cada vez más decisivo de Brasil, la América portuguesa que se independizó dos décadas después en un proceso diferenciado, que ya desde entonces marcó su especificidad en el contexto latino-americano.

II. Del G-8 al G-20

Dos décadas atrás, el fracaso del comunismo - cuyas manifestaciones políticas más relevantes fueron la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS - potenció lo que entonces se denominó G7, integrado por las siete economías más desarrolladas del mundo.

Lo integraban inicialmente las cinco más grandes de entonces: EEUU, Japón y Alemania - potenciada por la reciente reunificación - en este orden, seguidas del Reino Unido y Francia, disputándose el cuarto lugar, y a las cuales se agregaron después Italia y Canadá.

* Analista político, periodista e historiador. Director del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría. Argentina.

Veinte años atrás, el PBI de Francia o el del Reino Unido era superior al de China. Por esta razón, la suma de las economías de los siete países alcanzaba a ser cerca de tres cuartas partes de la mundial.

De acuerdo a ello, si sus siete jefes de gobierno llegaban a un acuerdo, ello implicaba orientar la economía del mundo. Fue en esos primeros años de la década pasada cuando comenzaron a reunirse semestralmente.

Al poco tiempo, se decidió incluir a la Rusia de Yeltsin, más por razones políticas que económicas. La URSS - integrada por quince naciones - se había desintegrado. Rusia ahora representaba la mitad de la población y el PBI que su antecesora, ya que había perdido el control sobre catorce países, que se desplegaban desde el Báltico, en Europa, hasta el centro de Asia.

Además, la economía del país estaba devastada por la crisis y el inicio de la transformación hacia el capitalismo. Pero aunque el PBI era menor que el de Italia o Canadá, seguía siendo la segunda potencia militar del mundo, con una cantidad de ojivas nucleares similar a la de EEUU. Es por esta razón que se decidió transformar el G7 en G8, cuya conformación se ha mantenido sin cambios durante casi dos décadas.

Aun en el apogeo del "multilateralismo", cuando la primera guerra del Golfo hizo pensar que las guerras ya no tendrían lugar, porque el uso de la fuerza militar más poderosa del mundo, legitimada por la UN, sofocaría cualquier intento nacional de usarla sin la aprobación de la comunidad internacional y la OMC parecía que iba a transformarse en la organización multilateral más poderosa y efectiva en la primera década del siglo XXI, el G8 actuaba como un grupo de poder fáctico de los países más poderosos, proyectando sus decisiones a través de dichas estructuras.

Fueron las negociaciones para extender el libre comercio las que dieron origen en los noventa a las conversaciones que, algo más de una década atrás, dieron origen al G20.

Es que su extensión a todo el orbe, requería la articulación de decisiones por parte de los países con mayor peso y participación en el comercio internacional, ya sea como exportadores o importadores.

El G20 surge así como una iniciativa destinada a acelerar y agilizar negociaciones como las que se desarrollaban en el seno de la OMC.

Para integrarlo, se incorporó un criterio regional. A las siete economías más desarrolladas y Rusia, se sumaron las más importantes de Asia: China, India, Corea del Sur e Indonesia. De América Latina se agregaron las tres más grandes: México, Brasil y Argentina. Oceanía estuvo presente con Australia, el país con menor población del G20 pero con un peso importante en el comercio mundial. Del mundo árabe se sumó a Arabia Saudita - también por su importancia en el mundo petrolero - del Cercano Oriente a Turquía, y Sudáfrica, por ser la economía más desarrollada del continente africano.

Los criterios políticos regionales hicieron que quedara excluido un país como Nigeria, con más de cien millones de habitantes, y otros como España, cuyo PBI hoy, pese a la crisis que sufre, es superior al de varios países del G20.

Quedó conformado así por diecinueve países: cinco del continente americano (EEUU y Canadá por su región norte; Brasil y Argentina por el sur; y México por el centro); de Europa lo integraron otros cinco: Rusia, Alemania, Reino Unido, Francia e Italia; de Asia fueron siete: desde China en el este hasta Turquía en el oeste, pasando por Japón, Corea del Sur, India, Indonesia y Arabia Saudita; de Oceanía Australia y de África sólo uno del medio centenar de naciones que la integran, Sudáfrica. El número veinte fue la UE, que es un integrante más, con las mismas capacidades que los países miembros, con lo cual la representación europea en realidad pasa a tener seis voces sobre veinte.

El comienzo del siglo XXI, encontró al G8 con una agenda económica y política, y en cambio al G20 con una más bien comercial.

En paralelo, comenzó una discusión política: la ampliación de los miembros permanentes con derecho a veto del Consejo de Seguridad de la UN. Había pasado más de medio siglo del fin de la Segunda Guerra Mundial y todavía sólo las cinco potencias vencedoras en ella (EEUU, Reino Unido, Francia, URSS - ahora Rusia - y China) seguían monopolizando todas las decisiones operativas en el campo estratégico-militar.

Mientras tanto, las dos principales potencias derrotadas, Japón, que era entonces y sigue siendo la segunda economía del mundo, y Alemania que era la tercera y ahora ha descendido a cuarta por el crecimiento de China, estaban fuera de las decisiones.

Las cinco potencias vencedoras habían tenido a su favor ser las únicas poseedoras del arma nuclear, pero ya a fines de los noventa, India y Pakistán la habían obtenido, sin que la política de no proliferación lo hubiera podido impedir.

Brasil e India aspiraban también a integrarlo y en el caso de África no aparecía ningún país con capacidad de representar a todo el continente, dividido geográficamente y culturalmente entre el África del Norte o Sahariana - integrada al mundo árabe - y la Subsahariana o Negra.

Pero China no veía con buenos ojos la incorporación de Japón, y tanto Francia como Gran Bretaña no mostraron demasiado entusiasmo con la de Alemania, pese a integrar en forma conjunta la UE y la OTAN.

En América Latina, aunque Brasil era un candidato natural, no había ni hay consenso regional para que asuma la representación y algo similar sucede en África, donde Egipto, Nigeria y Sudáfrica, con distintos argumentos, pretenden el sitio permanente que podría tener el continente.

Pero mientras a lo largo de la década la posible reforma del Consejo de Seguridad se postergó sistemáticamente por la falta de consenso, en 2003 la banca de inversión Goldman Sachs, al diseñar los escenarios económicos de largo plazo, pronosticaba que acercándose mediados del siglo que acababa de iniciarse, cuatro economías cuyo PBI no estaban todavía entre los primeros diez, lo estarían: Brasil, Rusia, India y China. La sigla BRIC pasa a utilizarse desde entonces como denominación en conjunto de los cuatro países.

De acuerdo a este estudio, cerca del 2040 este último país sería la primera economía del mundo, superando a la de EEUU, y sólo una de Europa Occiden-

tal, la británica, estaría entre las primeras diez ocupando el último puesto entre ellas. Para entonces, el informe pronosticó que de las primeras cuatro, también otras dos serían asiáticas: India y Japón.

De América Latina, Brasil estaría también en las primeras diez, siendo el pronóstico más escéptico respecto a México, cuyo PBI en ese momento superaba al brasileño.

Desde entonces, la proyección se fue confirmando.

Ello hizo que en las Cumbres semestrales del G8 realizadas en los años siguientes, comenzara a invitarse a los tres BRIC que no lo integraban, China, India y Brasil, ya que Rusia ya estaba incluido.

Ello comenzó a generar la idea de que el G8 debía transformarse en G11.

Al poco tiempo, se decidió invitar también a México y a incluirse a África. Sudáfrica primero y Egipto después, también fueron convocados a participar en los encuentros de Jefes de Gobierno y de ministros de Economía del G8. Se fue dando así, alrededor de este Grupo, la situación que se había empantanado en la reforma del Consejo de Seguridad de la UN: la ampliación del grupo de países decisores en el ámbito mundial.

Entre 2007 y 2008, el G8 comenzó a analizar transformarse en G14, para tener una estructura más adecuada a la nueva realidad del poder político y económico del mundo.

Este año tuvieron lugar dos hechos relevantes en esta materia.

Por un lado, se realizó la primera cumbre de Jefes de Estado del Grupo BRIC. A partir de una iniciativa conjunta de Rusia y Brasil, al pie de los montes Urales, se reunieron los cuatro presidentes. Fue la institucionalización a nivel político de lo que hasta entonces había sido sólo una categoría económica o de mercado.

Fue un evento importante y presidentes claves de Asia, como el de Pakistán, y de Medio Oriente, como el de Irán, se trasladaron hasta allá para entrevistar a los presidentes más importantes de la región.

Por el otro, el Presidente de Francia, Nicolás Sarkozy, tras reunirse con Lula, proponía públicamente transformar el G8 en G14, incluyendo a dos países importantes de Asia, otros dos de América Latina y también dos de África.

Durante el período de desarrollo del Grupo BRIC, el G20 parece estancado y sólo concentrado en el tema del libre comercio y por ello las demoradas negociaciones en la OMC.

Pero la crisis global que estalla en 2008 a partir de la caída del mercado inmobiliario de los EEUU, creando la mayor desconfianza financiera desde los años treinta y la recesión más grave desde la Segunda Guerra Mundial, da al G20 un nuevo y renovado rol.

Ello no sólo es consecuencia de esta crisis, sino también del cambio de enfoque que Obama da a las relaciones internacionales.

La Cumbre realizada en Londres primero y la que acaba de tener lugar en Pittsburgh, muestran que el G20 se ha transformado en el ámbito político en el cual se busca encauzar y contener a la primera crisis mundial de la era de Internet.

Entre ambas reuniones, la semestral del G8, que tuvo lugar en Italia, mostró que el grupo ha perdido peso relativo.

Es así como el G20, que a lo largo de la década que está finalizando parecía languidecer en función de las demoras en las negociaciones por el libre comercio en la OMC, mientras que el G8 se concentraba en una agenda política y económica más dinámica y concreta y el grupo BRIC iba adquiriendo creciente protagonismo, pasa ahora al primera plano.

Los planes de ampliación del G8 parecen quedar por ahora relegados y ser un G20 renovado y potenciado el nuevo ámbito en el cual se discuten y eventualmente resuelven los asuntos internacionales, para desde este tipo de Cumbres orientar las acciones de los organismos internacionales tanto políticos, como la UN, o económicos, como el FMI y el Banco Mundial.

La tendencia que se ha establecido así en 2009 parece ser por lo menos de mediano plazo.

Hay media docena de países que se han visto especialmente beneficiados de que sea el G20, y no el G14, el que sustituya al G8 como ámbito de discusión de los jefes de estado más influyentes del mundo: Corea del Sur e Indonesia en Asia, Arabia Saudita en el mundo árabe, Turquía en el Cercano Oriente, Australia en Oceanía y Argentina en América Latina.

Para este último país, cuya población recién está llegando a los cuarenta millones de habitantes y tiene el menor PBI del grupo más chico con la excepción de Sudáfrica y la menor población salvo Canadá, Australia y Arabia Saudita, es una oportunidad política y diplomática importante.

En esta última Cumbre, Argentina junto con México, de acuerdo con España, que por razones regionales quedó fuera del grupo pese a tener una población y un PBI mayor que Argentina, llevó un planteo iberoamericano que acentuó los aspectos sociales, en forma diferenciada al de Brasil, que pareció actuar más como una de las cuatro potencias BRIC, antes que como un líder latinoamericano.

III. Concepto de Obama sobre el uso del poder

Soft power y hard power

El politólogo estadounidense Joseph Nye de la Universidad de Harvard, en un artículo publicado en noviembre de 2005 titulado *La cultura vence a los misiles*, explicaba la diferencia entre lo que llama el *poder suave o blando (soft power)* y el *poder duro (hard power)*.

En su concepción, el primero es la derivación de los valores de la cultura, y en cambio el segundo es el originado en la capacidad militar.

Este pensamiento surge después de la invasión a Irak, como una reacción a la ideología neoconservadora de Bush en relaciones internacionales. Es así una alternativa liberal a dicha política, proponiendo dar prioridad a las insti-

tuciones y estilo de vida de los EEUU en la proyección y manifestación externa del poder.

A través del análisis de la *Guerra Fría*, explicaba la diferencia entre ambos poderes. Ella fue ganada por los EEUU y sus aliados, por una combinación de fuerza militar (*poder duro*), que disuadió a la agresión soviética, y del poder atractivo de la cultura y las ideas occidentales (*poder blando*).

Sostiene que los intercambios académicos y científicos de la *Guerra Fría* desempeñaron un rol significativo para aumentar el *poder blando o suave* (en las traducciones castellanas del término *soft power* se utilizan ambos vocablos en castellano como si fueran sinónimos) de los EEUU, aunque algunos escépticos temían que los científicos soviéticos y los agentes de la KGB se robaran tecnología estadounidense. Pero sucedía que los visitantes, se llevaban ideas políticas junto con los secretos científicos y ello terminaba debilitando al poder soviético. Agrega que muchos de esos científicos se convirtieron en propulsores importantes de los derechos humanos y la liberalización de la URSS.

En su visión, la cultura popular también fue importante durante la *Guerra Fría*, aunque muchos intelectuales la desdeñaban debido a su interés comercial primordial. Pero dice que este desprecio es injustificado, ya que el entretenimiento popular contiene imágenes y mensajes sutiles sobre la individualidad, las opciones de consumidor y otros valores que tienen efectos políticos importantes.

Agrega que las películas estadounidenses, aunque incluyen sexo, violencia y materialismo, también describen la vida estadounidense como abierta, móvil, individualista en contra de lo establecido, pluralista, populista y libre.

En su opinión, la música de los Beatles jugó un rol importante entre los instrumentos del *poder suave* de occidente frente al comunismo, recordando que en 1980 los opositores en la República Checa erigieron un monumento de homenaje a John Lennon en Praga, en cada aniversario de su muerte había una procesión anual por la paz y la democracia, y que en 1988 los organizadores de las protestas contra el régimen comunista en éste país fundaron un Club de la Paz de Lennon, que exigía la salida de las tropas soviéticas.

La Guerra Fría se habría ganado así en base a una eficaz combinación de *poder duro y blando*.

También afirma en un artículo titulado *Receta eficaz para cambios políticos*, publicado a comienzos de 2006, que en los años cincuenta el comunismo tenía en occidente a su favor una cuota importante de *poder blando*, dado el rol que habían tenido en varios países de Europa los comunistas en los movimientos contra fascistas y nazis.

Este poder de atracción, el comunismo lo fue perdiendo con el conocimiento sobre los crímenes de Stalin que se hacen públicos en 1956, la represión en Hungría el mismo año, la de Checoslovaquia en 1968 y la de Polonia en 1981. Todos estos hechos dejaron hacia los años ochenta a los comunistas vacíos de *poder blando*, el que había pasado a occidente con los valores de la democracia y la libertad.

Cuatro años atrás, Nye decía que en la guerra que libraba la Administración Bush contra el terrorismo no se estaba utilizando con eficacia el *poder blando*, optándose en utilizar sólo el instrumento del *poder duro* o militar.

Decía que pese al desgaste que ya entonces para los EEUU había generado la guerra de Irak, los sondeos mostraban que la cultura estadounidense seguía siendo atractiva para la mayoría moderada del mundo musulmán, aunque sus políticas fueran impopulares. Agregaba que en Irán, donde las autoridades religiosas describían a los EEUU como el *Gran Satán*, los jóvenes querían ver videos estadounidenses en sus casas. Tres años y medio más tarde, las protestas registradas en Teherán contra las irregularidades electorales confirmaron esta afirmación.

A la vez también reconocía que los efectos positivos que la cultura occidental había tenido para el derrumbe del comunismo en Europa del Este, donde la historia generaba una identidad cultural, en el caso del mundo árabe la valoración de ellos no era tan homogénea.

En los años siguientes, Nye utilizó sus tesis para afirmar que el freno al proceso de integración de la UE - que postergó la incorporación de nuevos países de los Balcanes y la periferia de Rusia - debilitaba el *poder blando* de la unidad europea; en el caso de las Naciones Unidas, sostiene que en cambio, carece de *poder duro* para hacer efectivas sus decisiones normativas; frente al problema de las relaciones con Rusia, dice que mirando al futuro hace falta utilizar el *poder blando* de la atracción y al analizar las limitaciones de la OTAN en Afganistán, reconoce la falta de un *poder blando* adecuado que acompañe al poder militar.

El poder inteligente o smart power

Nye, en un artículo publicado en marzo de 2007 cuyo título es *Entender el juego del poder*, define la distribución del poder en el ámbito internacional como un juego de ajedrez tridimensional. En el tablero superior - las relaciones militares entre Estados - el mundo es unipolar, siendo probable que lo siga siendo por décadas, dado que los EEUU tienen la mitad del gasto en defensa total. En el tablero del medio, el de las relaciones económicas, el mundo es multipolar y ya la Casa Blanca no podía obtener los resultados que pretendía en las relaciones con Europa, Japón, China y otros países. En el tablero inferior, de las cuestiones transnacionales que están más allá del poder de los gobiernos nacionales - cambio climático, terrorismo global, pandemias y crisis económica mundial -, el poder está distribuido en forma caótica y no hay hegemonía estadounidense.

Es en este tercer nivel donde la única forma de enfrentar los problemas mencionados con eficacia requiere de la cooperación con otros estados, lo que requiere usar al mismo tiempo tanto el *poder blando* de la cultura como el *poder duro* de la coerción.

Siete meses antes, en pleno cuestionamiento a la guerra en Irak, en un artículo cuyo título es *Política de seducción, no de garrote*, propone que una política exterior realista de los EEUU requiere enfatizar la importancia de desarrollar una estrategia global que combine el *poder duro* con el *blando* y su capacidad de atracción, y crear así un *poder inteligente* que los combine.

En el párrafo final del artículo *Los bienes públicos globales* insiste en que, tras la pérdida de imagen en la opinión pública mundial que EEUU ha tenido por la forma como ha sido encarada la lucha contra el terrorismo, el país tendría que aprender a trabajar con otras naciones para compartir el liderazgo y ello exigiría combinar el *poder blando* y su atracción con el *poder duro* del poderío militar, para producir una estrategia de *poder inteligente* que garantice los bienes públicos globales.

El mismo Nye comienza a utilizar otro término, que es el de *smart power*, para explicitar lo que inicialmente había planteado como *soft power*.

En castellano, *smart* suele traducirse como elegante o atrayente. Es claro que no es lo mismo débil que elegante o atrayente.

Joseph Nye - un académico acostumbrado al uso de los medios de comunicación - lo define como *la habilidad para combinar poder duro y blando en una estrategia ganadora*. En un artículo puramente académico, y por ende más complejo para el público promedio, Chester A. Crocker, Fer Osler Hampson y Pamela R. Aall lo definen como *el involucramiento estratégico de la diplomacia, persuasión, capacidad de construcción y la proyección de poder e influencia encaminadas a lograr en relación costo-efectividad teniendo legitimidad política y social*.

El cambio de *smart* por *soft* tuvo por objetivo evitar que a los Demócratas norteamericanos, tradicionalmente percibidos como más débiles en política exterior que los Republicanos, utilizaran el segundo término como argumento de crítica en la comunicación masiva, cuando el tema del antiterrorismo era relevante para la opinión pública.

En el mundo académico hay una discusión sobre quién fue el primero en introducir el término de *smart power*. De acuerdo a la revista norteamericana *Foreign Policy* - quizás la de mayor prestigio mundial en el estudio y análisis de las relaciones internacionales -, hay un debate sobre quién introdujo el término *smart*, ya que 2004 Suzanne Nossel escribió un artículo titulado *Smart Power* en otra revista prestigiosa en este campo, como es la *Foreign Affairs*.

Al mismo tiempo aparece el libro de Joseph Nye *Soft Power: El pensamiento y el éxito en la Política Mundial*. Quién lo escribió antes es un tema que probablemente nunca se resuelva.

Queda planteada la cuestión de si *smart power* es un mejor sinónimo de *soft power* o del término que combina éste con el *hard power*, definido inicialmente como el *intelligent power*.

La administración Obama y el Smart Power

Pero mientras esta discusión puede prolongarse en el mundo académico, el uso de este término y su concepto en la Administración Obama es un ejemplo interesante de cómo en los EEUU los académicos pueden influir en el diseño de las políticas públicas.

El 13 de enero de 2009, a nueve días de la asunción de Barak Obama, la entonces senadora por New York, Hillary Clinton, durante la audiencia de confirmación en el Senado dijo:

Nosotros debemos usar lo que ha sido llamado el "smart power" - el uso pleno de todas las herramientas a nuestra disposición -, eligiendo la herramienta correcta, o combinándolas, para cada situación. Con "smart power", la diplomacia estará a la vanguardia en política exterior.

El término fue percibido entonces como una alternativa a la *Transformacional Diplomacy* - Diplomacia Transformadora - de su predecesora en el cargo Condoleezza Rice, quien tenía la formación académica que su sucesora no tiene, aunque no necesariamente su realismo político.

También la actual Secretaria de Estado prometió vincular la diplomacia con el poder militar y económico, en *matrimonio con los principios y el pragmatismo*, agregando: *Hoy las amenazas de seguridad no pueden ser enfrentadas en aislamiento. El "smart power" requiere de ambos, amigos y adversarios, para reforzar las alianzas y forjar nuevas. Ello implica fortalecer las alianzas actuales, especialmente con nuestros socios de la OTAN.*

La Administración Obama lleva más de medio año en el poder y es claro que ha asumido plenamente en relaciones internacionales el concepto del *soft o smart power*.

Posiblemente nunca hubo un líder mundial con imagen tan favorable, dado que los medios de comunicación permiten hoy una comunicación global que antes se registró en la historia.

La imagen de Obama permanece intacta, aunque en su país ha comenzado a descender desde julio. Ello ha sido fundamentalmente por el aumento del desempleo, que en sus propias palabras seguirá incrementándose hasta entrado 2010.

A nivel mundial no ha perdido consenso y para ello ha usado en plenitud el *soft power*, siendo una manifestación acabada de ello su conciliador mensaje hacia los musulmanes.

Pero es en las cuestiones concretas de política internacional, donde surgen los problemas.

Aplicar el *soft power* frente a la violenta represión de los musulmanes en China implica no reclamar por ello, pero a la vez es dar una cínica manifestación de *hard power* ante la comunidad internacional y los musulmanes.

En las relaciones con Rusia, aplicar el *soft power* podría implicar no cuestionar el autoritarismo del régimen de Putin, pero ello puede significar dar una manifestación del pragmático *hard power* frente los países de la Europa ex comunista, temerosos de la reconstrucción rusa como potencia euro-asiática.

Frente a las protestas en Irán por la manipulación electoral, aplicar el *soft power* frente al actual gobierno, no cuestionando rápidamente la represión para no deteriorar la relación con el régimen actual y en consecuencia no cerrar la puerta a un acuerdo sobre el tema nuclear, implica dar una manifestación de *hard power* frente a la opinión pública occidental y los liberales del mundo musulmán.

Es que ser simpático con Putin, Hu Hintao y Ahmadineyad puede ser por un lado una manifestación de *soft power* para mejorar las relaciones bilaterales con los gobiernos estos países claves, pero a la vez traicionar en función de los objetivos del *hard power* - la seguridad - los principios y valores de la democracia que hacen a la esencia del primero.

La política latinoamericana de Obama ha dado algunos ejemplos de ello.

Mejorar el diálogo con Chávez es una manifestación de *soft power* frente a él y los países del ALBA, pero lo es de *hard power* respecto a la oposición venezolana, a la cual hoy acompaña más de la mitad de la opinión pública del país.

Aplicar los principios del *soft power* en la crisis hondureña implica que Obama reclame la reposición de Zelaya como presidente. Pero en la opinión pública hondureña, en la cual el 70% apoyó al gobierno de facto, la percepción es la contraria.

Es en estos casos donde se han percibido algunos matices entre el Presidente y su Secretaria de Estado.

Mientras Obama ha mantenido el silencio frente a los constantes ultimátum de Chávez, reclamándole que deje de ser ambiguo en los hechos al no presionar más por la reposición de Zelaya, Hillary Clinton en cambio ha criticado al Presidente venezolano y ha adoptado incluso públicamente una actitud más negociadora y menos principista en la crisis hondureña.

Es aquí donde el debate que deja abierta la discusión académica de si el *smart power* es un sinónimo del *soft power*, o lo es del *poder inteligente* que combina a ambos, adquiere significado práctico.

Pareciera así que mientras el Presidente usa el *smart power* más como sinónimo del *soft power*, su Secretaria de Estado lo percibe como una combinación del *duro y el blando*.

IV. El rol de Brasil

Crisis global y liderazgo político

Brasil ha demostrado, igual que China, una gran capacidad para manejar los efectos de la crisis global, tanto en lo político como en lo económico.

Se discute en el mundo si lo peor de la recesión mundial ya ha pasado o si los indicadores positivos que han estado moviendo favorablemente los mercados son lo que se llama un *falso positivo*, como sucedió varias veces durante la crisis de los años treinta, cuando erróneamente se creyó haberla superado.

Paralelamente, la situación política en el mundo desarrollado, representado por los países del G7 - que en conjunto todavía reúnen el 60% del PBI mundial - muestran dificultades para articular un liderazgo eficaz para enfrentar el desafío que implica la primera crisis global del siglo XXI.

En los EEUU Obama es un gran éxito de imagen y comunicación, habiendo logrado durante sus primeros meses de gestión un consenso muy alto, tanto

dentro como fuera de su país. Pero a partir de julio, su imagen comenzó a caer dentro del país, planteando interrogantes sobre si podrá avanzar con su discutida reforma de salud.

En Japón, que es la segunda economía del mundo, la llegada al poder de la oposición social-demócrata por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, mostró el costo político que ha pagado el partido de centro-derecha que gobernó el país durante más de medio siglo en forma continua. En los últimos cinco años tres primeros ministros se habían sucedido en el cargo, sufriendo el país la peor crisis que se registre, ya que estuvo al margen de la sufrida por el mundo en los años treinta.

En Europa, Alemania en cambio, el triunfo de Ángela Merkel, en las recientes elecciones mostró un giro hacia el centro-derecha, al poder sustituir la coalición con los social-demócratas por otra con los liberales.

En el Reino Unido, Brown es el primer ministro laborista con menor aprobación desde que hay encuestas y en Francia Sarkozy tiene 63% de desaprobación, aunque la crisis del socialismo no impidió que ganara las elecciones locales. En Italia, Berlusconi mantiene la popularidad, pero los escándalos públicos y privados lo afectan. En Canadá al gobierno conservador - que es primera minoría - no le ha resultado fácil formar la coalición de gobierno.

Surge así que el liderazgo político de las siete economías más desarrolladas no está en el mejor momento para lidiar con las consecuencias de la crisis global, dentro y fuera de sus fronteras.

A su vez los cuatro países llamados BRIC por sus siglas (Brasil, Rusia, India y China), que en conjunto reúnen 20% del PBI mundial, muestran mayor capacidad política para lidiar con las consecuencias de la crisis global.

En China, la crisis ha provocado 20 millones de despidos. En este país no hay sondeos ni elecciones y el sistema político autoritario no ha enfrentado mayores dificultades por ello, más allá de la represión de la minoría musulmana. La rápida recuperación de la economía del país, ha sido una señal clara de su vigor.

En la India tuvo lugar este año el proceso electoral más grande en la historia de la humanidad. Han votado 780 millones de personas sin hechos de violencia significativos, pese a las complejidades étnicas y religiosas del país y el oficialismo obtuvo una contundente victoria, que al confirmarse hizo subir 17% la bolsa en un solo día.

En el caso de Rusia, la tasa de desempleo ha dejado de difundirse por disposición gubernamental y la industria ha caído 17% en abril. Pero el oficialismo, liderado por el primer ministro Vladimir Putin, ganó este año las elecciones locales con una mayoría abrumadora.

Por último en Brasil, pese a que en el primer trimestre de 2009 la industria cayó 15% y el desempleo inevitablemente aumentó, Lula mantiene un nivel de aprobación que de acuerdo a los diversos sondeos está llegando al 80%. No sólo es el más alto en la historia del Brasil y el presidente latinoamericano con mayor aprobación en su país, sino que es quien tiene el mayor consenso del mundo.

La situación política de los BRIC para manejar las consecuencias de la crisis global es así políticamente más sólida que la del G7. Cabe señalar que estos on-

ce países en conjunto - que pueden ser denominados G11 - reúnen el 80% del PBI mundial, quedando el quinto para los restantes doscientos.

La crisis económica se globalizó y sus efectos llegaron a todo el mundo, pero las grandes potencias emergentes, con sistemas políticos diferentes entre ellas, están mostrando mayor capacidad de lidiar con las consecuencias de la crisis que los gobiernos de los países desarrollados.

Este es el contexto en el cual se desarrolla Brasil, la economía más grande de América Latina, el territorio más extenso y la población más importante. La economía comenzó a recuperarse ya en el segundo trimestre del año y la creación de empleo comenzó desde entonces, anticipándose al igual que China a la recuperación mundial.

Brasil se consolida así como el único actor global de América Latina. Lula ha dicho que su país ya es la séptima economía del mundo, cuando obtiene más peso en el FMI y Brasil le presta 10.000 millones de dólares, logra los juegos olímpicos de 2016 para su país y el Mundial de Fútbol para el 2014 y en su gira europea reclama apoyo para obtener una banca permanente en el Consejo de Seguridad de la UN. La Cumbre del G20 realizada en Pittsburgh, la UNASUR -Unión Africana que tuvo lugar en la isla Margarita y la de UE -América Latina que tiene lugar en Estocolmo, han sido escenarios en los cuales ha ejercido este rol. Al mismo tiempo la economía el país se recupera rápidamente y el gobierno comienza a disminuir el estímulo a la economía, aun antes que los hagan EEUU y la UE. La actuación en Honduras ha generado críticas hacia Lula, al mismo tiempo que el Senado decidió una vez más demorar el ingreso de Venezuela al MERCOSUR. Como dato negativo, un informe que acaba de difundirse da cuenta que el 13% de los brasileños reconoce haber vendido su voto por alguna contraprestación, mostrando un problema de calidad democrática.

Petróleo y liderazgo de Brasil

Brasil no sólo se ha transformado en un actor global, como lo evidencia su rol como integrante del llamado grupo BRIC, sino que ahora agrega la posibilidad de transformarse también en potencia energética.

El reciente hallazgo de recursos petroleros en Brasil, consolida la posición de este país, tanto como líder en América del Sur - y proyectándose también a América Central y del Caribe - como en su condición de ser el único país de la región con vocación de actor global.

Su objetivo estratégico es claro: ser una de las cuatro potencias emergentes del siglo XXI, junto con China, India y Rusia, las cuatro potencias del grupo BRIC.

Las dos potencias asiáticas son importadoras de petróleo, mientras que la tercera es exportadora y con el hallazgo reciente, Brasil se proyecta también como un país con excedente, en un mundo en el cual probablemente la energía seguirá incrementando su valor.

En América del Sur, Brasil es la mitad de los doce países que la integran, por PBI, población y territorio y sobre América Latina un tercio.

Hasta comienzos del siglo XXI, era un neto importador de petróleo, lo cual significaba una vulnerabilidad.

Ello representaba una desventaja frente a Venezuela, el mayor exportador de América del Sur y respecto a la Argentina, que en el pasado reciente se auto-abastecía y tenía márgenes para la exportación y ahora se convierte en importador.

Es una manifestación más, de la supremacía que ha adquirido Brasil sobre la Argentina y una evidencia de un país que tiene estrategia de largo plazo y otro que carece de ella, absorbido por las urgencias del corto.

El rearme brasileño

El plan de rearme anunciado por el gobierno de Lula en 2009, es una evidencia más de la vocación de ser actor global, al buscar aumentar su capacidad en el campo estratégico-militar.

Los doce países de América del Sur han integrado UNASUR. Pero uno solo de ellos, Brasil, es la mitad de la región en términos de PBI, población y territorio.

Se trata de una asimetría similar a la que se puede registrar entre Rusia y las ex repúblicas soviéticas. O como si en Europa y sus veintisiete países, los tres más grandes (Alemania, Francia y el Reino Unido) fueran un solo.

Pero más allá de la dimensión, es el único país América del Sur que tiene vocación de actor global, como se dijo.

Analizando América Latina - no sólo la del sur - México es el otro país que por su dimensión podría pretender un rol de este tipo, pero por razones históricas y geográficas no tiene esta vocación.

Brasil se piensa así mismo como una potencia mundial, al estilo de China, Rusia e India.

Comparándolo con ellos, surge que la mayor desventaja relativa la tiene en el campo estratégico-militar, ya que las otras tres potencias tienen el arma nuclear y planes ambiciosos de reequipamiento y modernización de sus Fuerzas Armadas y Brasil está rezagado respecto a ellos en este rubro.

Es por esta razón que el rearme brasileño tiene como primer objetivo reforzar la condición del país como actor global.

En la región Brasil, más que como líder, está actuando como un factor de moderación, como se puso en evidencia en la reciente Cumbre de UNASUR en Bariloche, donde el logro fue lo que se pudo evitar, ya que la condena al acuerdo Bogotá-Washington para el uso de bases hubiera significado la crisis de UNASUR y su Consejo de Defensa.

Frente a la supuesta escalada en la compra de armamentos en los países de la región andina y en particular las adquisiciones de Venezuela en Rusia - Chávez ha realizado una gira por Libia, Argelia, Irán, Siria, Rusia y Bielorusia -, la tensión de dicho país y Ecuador con Colombia y el acuerdo para el uso de siete

bases militares de este país por parte de EEUU, para Brasil dar una señal de que aumenta su capacidad militar refuerza su rol de país moderador en la región.

Además, por razones de equilibrio regional, Brasil no puede permitir que Venezuela o Colombia superen su capacidad militar, ni tampoco que estalle un conflicto entre ambos.

Pero también las adquisiciones de armas en Francia, anunciadas por el gobierno brasileño, apuntan a adquirir los medios para hacer efectiva la soberanía nacional en su amplio territorio, y en particular en la región de la Amazonía, que es la de menor presencia estatal y que además linda con los países hoy más conflictivos en América del Sur, donde la actividad de organizaciones ambientalistas es percibida como una limitación a la autonomía del estado brasileño.

Brasil analizó, en el pasado reciente, elegir a Rusia o a Francia como socio estratégico para el área de defensa.

Optó por el segundo, evitando una opción que hubiera creado dificultades en su relación con Washington.

De esta forma confirma su autonomía de los EEUU, pero al mismo tiempo evita una confrontación con dicho país, que no ve con buenos ojos una presencia militar de Rusia en la región.

El plan de rearme en el largo plazo incluye la puesta en servicio de tres submarinos a propulsión nuclear, los que tendrán por misión dar seguridad a todo el Atlántico Sur.

Así el rearme brasileño responde en primer lugar al objetivo de ser potencia global, en segundo término a tener la capacidad de ejercer un rol moderador en la región y por último a mantener la capacidad de hacer efectiva la presencia estatal en las regiones menos pobladas del país.

V. Conclusiones

La América Hispana que conmemora su Bicentenario, tiene dificultades para actuar como bloque. Es que se trata de una unidad histórica y cultural, pero con una gran dispersión geográfica, falta de cohesión política y un país hegemónico en la región que es la primera potencia del mundo.

Por un lado, México, América Central, Perú y Chile, han firmado Tratados de Libre Comercio (TLC) con los EEUU y Colombia tiene avanzada la negociación. Por su parte los países de la Alianza Bolivariana de las Américas, Venezuela, Cuba, Ecuador y Bolivia (Nicaragua se mantiene en el CAFTA y a la vez está en el ALBA y lo mismo sucedía con Honduras hasta la crisis de Zelaya), tiene una posición contraria. Por su parte los cuatro países del MERCOSUR, Brasil, Argentina, Uruguay Paraguay, tienen una posición intermedia.

Esto implica que no será fácil avanzar en conjunto en materia de integración comercial. Además, EEUU carece de un proyecto de integración global para la región, como si lo tiene la UE hacia su periferia.

Es decir que pese a la llegada de Obama al poder, todavía no hay una aplicación concreta del *soft power* en la política de Washington hacia América Latina.

Pero la última Cumbre de Presidentes del continente americano, mostró por parte de Obama disposición a escuchar y esto es un dato a tener en cuenta. Quizás se abra el espacio para que desde América Latina, se pueden generar planteos y propuestas hacia Washington, cuyas prioridades hoy no están en la región.

La ampliación del sistema fáctico de toma de decisiones en el ámbito mundial, cuya tendencia se evidencia en el rol decreciente del G8 y el creciente del G20, permite a la región mirar fuera de ella. Aunque EEUU seguirá siendo la primera economía del mundo por mucho tiempo y aunque sufra una declinación relativa, seguirá siendo el país decisivo para la región.

El creciente rol de Brasil como potencia mundial y su rol como el único actor global de América Latina, es un dato muy relevante para Hispanoamérica.

Las crisis de Haití y Honduras, confirmaron que México por ahora no tiene vocación de liderazgo regional y que en cambio Brasil sí la tiene.

La *renuncia* mexicana a ser actor global y la decadencia relativa de Argentina, han dejado un vacío en el equilibrio entre Hispanoamérica y la América portuguesa, que no llena el liderazgo discursivo de Chávez.

La asimetría entre Brasil y los países hispanoamericanos, es un dato a tener en cuenta y que requerirá articular mecanismos de diálogo y cooperación, para los cuales tanto el MERCOSUR como UNASUR, muestran limitaciones.

Hispanoamérica, deberá darse una política para articularse efectivamente con Brasil, aprovechar la oportunidad que puede generar Obama y su política del *soft power* y a partir de ello diseñar una política efectiva para aprovechar la presencia de Brasil y México en el G14 y de ambos más Argentina en el G20.

Pero ello deberá apuntar a resolver la cuestión central que hoy afecta a toda América Latina: es la región con el mayor promedio de pobreza con excepción de África, pero tiene la mayor desigualdad, no sólo en los ingresos, sino también en educación, salud y propiedad.

Se trata de un problema común a toda Latinoamérica y resolverlo es el gran desafío que enfrenta la región en su tercer siglo de existencia.